

MIRANDA CANCELA, Elina, *La tradición helénica en Cuba*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2003, 185 págs.

El libro aquí comentado es una compilación de varios artículos de la autora, en donde ella expresa claramente, desde su “A manera de introducción”, cuál ha sido el propósito esencial de este reciente trabajo suyo: “... este libro que sólo aspira a llamar la atención sobre el tema y sugerir posibles indagaciones” (p. 9). La profesora Miranda Cancela se ha ceñido estrictamente a lo que anuncia, y, a partir de ello, inicia el libro con un capítulo breve que ella tituló: “Enseñanza y tradición helénica en Cuba”; en éste se ofrece una “apretada síntesis”, no sólo de la personalidad y la obra de Laura Mestre y Hevia y de Juan Miguel Dihigo, sino de una pléyade de estudiosos cubanos y europeos que residieron en la isla, que cultivaron la filología clásica en Cuba, desde los inicios del siglo xvii hasta nuestros días. Así, a lo largo de las páginas 11 a 27, son citados autores y obras que se nutrieron intelectualmente en la cultura de la antigüedad clásica: desde Silvestre de Balboa y su poema épico *Espejo de paciencia*, en el seiscientos, hasta Raquel Carrió y Flora Lauten, en el 2001, quienes reinterpretaron *Las bacantes* de Eurípides. Pero entre esos extremos cronológicos, la autora informa de muchos más cultivadores y difusores de la antigua cultura griega en Cuba. Ella menciona, del siglo xviii, a Santiago Pita y su comedia *El príncipe jardinero o fingido Cloridano*; del mismo setecientos y primera mitad del xix, cita a Manuel de Zequeira y sus imitaciones anacreónticas, entre otras obras poéticas suyas.

---

PALABRAS CLAVE: cuba, helénica, tradición.

RECEPCIÓN: 19 de agosto de 2003.

ACEPTACIÓN: 15 de septiembre de 2003.

Antes de continuar la nutrida relación de autores y obras, la profesora Miranda Cancela se refiere a los colegios privados y a la Universidad de La Habana, en donde la enseñanza del griego clásico y la traducción de textos paradigmáticos manifestados en esa lengua tuvieron un espacio que, en su tiempo, fue privilegiado y en donde, además, un porcentaje notable de las publicaciones, hechas por instituciones públicas, se referían al griego y al latín.

Después de este paréntesis temático, la autora pasa a mencionar a estudiosos de filología clásica, en el ochocientos, como Miguel de Silva y su *Nuevo sistema para estudiar la lengua griega*, o bien, a Tranquilino Sandalio de Noda y su *Gramática griega*. Enseguida el lector encuentra noticias escuetas sobre bibliografía utilizada en la enseñanza del griego clásico; en este sentido aparecen mencionados trabajos de Lázaro Bardón, Canuto Alonso Ortega, Raimundo González Andrés, Juan Francisco de Albear, Antonio Bachiller y Morales, Manuel Bisbé y Juan José Maza y Artola. Otros autores citados, en el orden de la docencia, son Antonio María Tagle, Antonio Franchi Alfaro y Antonio Mestre y Domínguez, padre de la casi desconocida —pero no menos importante helenista— Laura Mestre, a quien la autora le dedica un capítulo en especial (pp. 99-115).

Más rápidamente son citados poetas que tal vez recrearon a otros clásicos; entre ellos: Gabriel de la Concepción Valdés, Joaquín Lorenzo Luaces y Enrique José Varona.

Como era de esperarse, la profesora Miranda Cancela se ocupa, con mayor detalle, de figuras más conocidas y relevantes, como es el caso de José Martí y Julián del Casal, a quienes dedica artículos independientes; tres al primero (pp. 29-79) y uno al segundo (pp. 81-97).

Para finalizar el ensayo preliminar, la autora se ocupa de escritores de nuestro tiempo, entre los que destacan Alejo Carpentier y José Lezama Lima, algunas de cuyas obras —a decir de la autora— presentan huellas de antiguos mitos griegos.

Adicionalmente, en el capítulo preliminar, se hace recuento de otros autores y obras, más conocidos en el ámbito de la dramaturgia, como, por ejemplo, José Triana y su *Medea en el espejo*, o bien, Abelardo Estorino y su obra *El tiempo de la plaga*, que recrea una faceta del mito de Edipo.

Caso equiparable a los anteriores es el de Fina García Marruz, a cuya obra poética, inspirada en las anacreónticas, se le dedican las

páginas 157-173, en donde, entre otras cosas, se quiere evidenciar la necesidad de “una nueva lectura del antiguo cantor de Teos”, que muestre no sólo su mérito poético, sino la razón por la que ha influido en escritores modernos, como el propio José Martí.

Finalmente, en su afán de no omitir nada que a Miranda Cancela le pareciera vinculado con su tema de estudio, la autora se ocupa de una relación literaria ocurrida entre dos poetas: el cubano Nicolás Guillén y el griego Yannis Ritsos, quienes mutua y amigablemente tradujeron una parte breve de su obra, que, a decir de la investigadora cubana, “marca un hito no sólo en la historia de la traductología, sino en la historia cultural”.

La autora del libro se ha ocupado de rastrear en la literatura de la isla antillana la huella de la poesía nacida en la antigua Grecia; lo ha hecho desde el siglo xvii, y, por lo presentado en este libro, es de suponer que la tradición clásica en Cuba viene de más tiempo atrás. Como quiera que sea, Miranda Cancela se ha ocupado de un tema que acaso constituye el filón más original y trascendente de los estudios clásicos en América. En este sentido, las investigaciones de la autora son dignas de elogio.

A modo de posdata y sin demérito del resultado de las investigaciones contenidas en el libro, es pertinente señalar algunas inexactitudes cronológicas, seguramente debidas al trabajo de compilación referido a artículos publicados a fines del siglo xx y editados de nuevo en 2003. Esta situación se presenta en las páginas 99, 105, 106 y 115, en donde, por ejemplo, se habla de “un final desaconsejable para la mujer que desafiara, a fines del siglo pasado y aún a comienzos del presente...” (p. 99), cuando la autora de este libro está refiriéndose al siglo xix y a los inicios del xx. Situación equiparable queda registrada en la página 105, en donde hay referencia a las traducciones del griego hechas por el profesor Luis Segalá y Estalella, y se dice que éstas “han gozado de justa aceptación a lo largo de este siglo”, pero seguramente la autora alude al siglo xx. Casos semejantes se dan en las páginas 106 y 115.

Hay también erratas que atañen al griego: Αργὸς, λεχοζ, οινοβαρεζ, ο δ' ητε νυκτι εοικῶζ (sic), entre otras. Alguna más se refiere al latín: *studia humanitas* (sic), en la página 114, por ejemplo.